

Felicidades

Corrió durante todo el día. Llegó tarde a todos lados, pidió perdón sabiendo que sólo debía pedir disculpas. Acalorado, temblando, entró a la fiesta. Se acercó a la mujer que sonreía cerca del cortinado rosa. “Felicidades” le dijo cuando estaba a tres pasos de distancia. Ella, ruborizada, sonrió aún más. Él no se detuvo y apenas acelerando su marcha, subió nueve escalones. Tiene por costumbre contar escalones, también los pasos, también los números. A diario contabiliza los ochenta escalones que separan el nivel del suelo con su departamento. Sin memoria y desconfiado, los cuenta hasta hartarse de sí mismo. Como si fuera posible que un día la realidad echara otro resultado al cálculo. Nueve escalones y ya recorría aquel insoportable pasillo. Cuatro lamparitas microicas. También numeraba las lamparitas dicroicas de los pasillos. Intuía o bien sabía que esta acción le permitía atravesarlos con cierta tranquilidad. “Una cantidad de pasos, tantas lamparitas y listo, llego al otro lado. Nada malo puede pasarme”. “Felicidades”, miraba con

Él no se detuvo y apenas acelerando su marcha, subió nueve escalones. Tiene por costumbre contar escalones, también los pasos, también los números. A diario contabiliza los ochenta escalones que separan el nivel del suelo con su departamento.

simpatía. Esta vez fue la mujer quien apenas, acelerando su marcha se alejaba de él. Simpático, siguió en lo suyo. Ya del otro lado, y eso era insólito porque acababa de subir nueve escalones, se encontró pensando en su mirada, como queriéndola domar antes de tiempo para no marearse mientras descendía los diecisiete escalones de la escalera caracol, aunque él prefiriera llamarla escalera giratoria. Algo mareado a través el comedor diario primero, la cocina después y por último el lavadero. Salió al jardín de atrás. Tres pinos inmensos a la izquierda. Cinco “Felicidades”. “Felicidades”, repitió. Decidió terminar cuanto antes su tarea, tomó aire, enderezó su columna, practicó una mueca, disimuló su apuro y siguió escuchando su voz. Esta vez dejó los pinos a su derecha, miró el portón negro, sólo pensaba en ese portón negro que antes había sido verde. Calculó los pasos hasta ahí. Cincuenta y siete pasos, o setenta, ciento quince como mucho. No más.

Alejandra URRESTI

Crónica de un cumpleaños feliz

Hace algunos números comentábamos el problema de los lugares en los que el cuerpo es aislado de los signos perceptivos del tiempo (cambios especialmente de la luz solar y la temperatura). Nos hemos acostumbrado a esos lugares en los que el presente se eterniza y jugamos a no envejecer mientras estamos en ellos. Algunos de los lugares paradigmáticos que mencionábamos entonces eran los casinos y los shoppings, pero nuestra investigación nos lleva más allá, a encontrar otra clase de lugares en los que, a diferencia de los mencionados anteriormente, uno no gasta dinero, se mueve muy poco, y sobre todo, no la pasa del todo bien, salvo que sea un sujeto menor de doce años. Estamos refiriéndonos a los peloteros.

espacios con pelotitas que nunca se quedan en su lugar de origen. En este lugar, diseñado especialmente, los niños desahogan una furia contenida y se vuelven pequeños salvajes. Como este comportamiento es culturalmente inaceptable (y riesgoso para los niños a pesar de la goma espuma envolvente), este salvajismo está domesticado por dos señoritas que intentan ritmar las “actividades” -si tirarse treinta veces por un caño es una actividad-, con las comidas que en el breve lapso de tres horas deben ingerir los menores: panchos, papas fritas, chizitos, pizzetas, cereales, sándwiches de miga cortados a la mitad, torta, cubanitos o alfajores, caramelos y chupetines, todo bajado con las típicas gaseosas de ocasión.

Claro que esta cantidad de comida hace algo más hiperactivas a las salvajes criaturas, lo que ocasionalmente genera golpes, torceduras, peleas y por supuesto una suerte de orquesta de llantos mal acompasados.

Pero esto no es todo, mientras los chicos se divierten y juegan con sus amiguitos hay otro aspecto del festejo más o menos descuidado. Se presenta lo verdaderamente grave desde el punto de vista de la planificación de las acciones que conciernen a los adultos: ninguna. Las tres horas que dura la orgía de los menores parece una eternidad para los mayores. Apenas llegan, se encargan de buscar un espacio más o menos alejado conociendo el desarrollo de lo que está por venir y se sientan a comer ininterrumpidamente durante el plazo pautado de estadía en el “salón”. En el caso de que los adultos se conozcan entre sí, parece haber una suerte de camaradería que acompaña charlas de

ascensor con la ingesta de los alimentos sofisticados. Para los adultos el menú contempla sándwiches enteros y café. En caso de que los adultos en cuestión sólo acompañen a los niños (cerca del cincuenta por ciento de los presentes) estos ni siquiera dialogan, y parecen haber entrado en trance. No se sientan de frente a la mesa, sino de manera perpendicular; desde allí miran sin ver, con la mirada perdida algún punto fijo, están inmóviles y solo deslizan un brazo, el que está cerca de la mesa, para agarrar comida o el vaso con el rebajado elixir gaseoso. Como si tuvieran un reloj incorporado, pasado el horario, se levantan, buscan a los niños, saludan casi afectuosamente a los anfitriones y se van cargados de caramelos y más caramelos.

Tanto para los niños como para los adultos las tres horas se transforman en una experiencia fuera del tiempo, interminable, pero por razones diferentes. Los niños porque esas tres horas parecieran eternas por la cantidad y calidad de vértigos corporales que consiguen en el intrincado laberinto gomaespuma. Para los mayores, porque nada ha sucedido, el tiempo no está marcado, ritmado, ocupado. Sólo ha transcurrido, y ese transcurrir es eterno cuando sólo se espera.

La falta de ventilación y de ventanas acentúa ambas sensaciones. Nada puede hacerse, hay que suspenderse un rato y retomar calmadamente la rutina cotidiana una vez afuera.

Mónica KIRCHHEIMER

Desde cualquier pelotero de la Ciudad de Buenos Aires

Invisible

Existen actualmente en la cartelera porteña un gran número de espectáculos asociados a la improvisación teatral y al stand-up. Este auge viene aparejado de la aparición de una gran cantidad de cursos dedicados a entrenar y formar a los “actores” para las diferentes disciplinas. Notablemente, muchos de estos actores no son tales (en el sentido estricto de la palabra), sino que son profesionales de otras áreas de la vida, devenidos en actores. De esta manera se arman grupos formados por un mecánico, un dentista, una jubilada y dos afiladores de cuchillos que se deciden a dedicar su tiempo a dichas actividades.

Uno de los aspectos de la improvisación se relaciona con el hecho de aceptar lo que propone el entorno y utilizarlo. De alguna manera el entrenamiento de la improvisación debe lidiar con las ideas para convertirlas en capacidad de adaptación. Así como quien medita debe entrenar su mente para dejar pasar las ideas y profundizar su concentración en la nada, el improvisador intenta llegar a un estado en el cual el cuerpo actúa no en base a lo que le dictan las ideas, sino tratando de seguir un impulso proveniente del entorno de acuerdo a cómo esto repercute en su interior. El peligro para la persona es entregarse a lo que siente, a lo que aparece,

Así como quien medita debe entrenar su mente para dejar pasar las ideas y profundizar su concentración en la nada, el improvisador intenta llegar a un estado en el cual el cuerpo actúa no en base a lo que le dictan las ideas, sino tratando de seguir un impulso proveniente del entorno de acuerdo a cómo esto repercute en su interior.

sin las restricciones que le imponen las ideas. El improvisador ideal es él mas allá de lo que los demás piensen y cuando no es así, se nota.

El “standupero” en cambio se entrega a las ideas. Cada palabra, cada gesto, cada silencio de su monólogo está pensado, pulido, cronometrado. El discurso está mas allá de la persona. No importa lo que en realidad sienta la persona, importa lo que diga el standupero. De esta manera, si aparece en el monólogo algo que al standupero lo incomoda, puede disfrazarlo y adaptarlo. Puede burlarse de aspectos que él descubre en su personalidad (y que no puede modificar, ya que si no, no serían parte de él mismo). De alguna manera el standupero es un observador externo de la persona y de cómo ésta se conecta con el entorno.

Irónicamente, los temas que se abordan en la improvisación suelen ser menos autorreferenciales que los que se utilizan en el stand-up, lo que demuestra que es más difícil proyectar la esencia en la realidad. Y si no lo creen así, traten de dibujar “escencia” en el Pictionary sin hacer un dibujo de un frasco de perfume.

Mariano QUINTERO

Gente divertida

Piense usted en la temperatura que puede producir en este lugar un número tan grande de amores propios que se comparan allí.
Paul Valéry

*Llamo así a todos esos oficios cuya materia es la opinión que los otros tienen de uno. Las personas que los ejercen, abocados a una eterna candidatura, están siempre necesariamente afligidos de cierto delirio de grandeza que un cierto delirio de persecución atraviesa y retuerce sin cesar. En este pueblo de únicos reina la ley de hacer lo que nadie nunca ha hecho antes y que nadie nunca hará. Es, cuando menos, la ley de los mejores; es decir, de aquellos que tienen la voluntad de querer claramente algo absurdo.*²

Actores, pintores, escritores, cantantes... Jacques Lacan agregó a la lista de Valéry a los psicoanalistas.

En esta caldera del Diablo nadie encuentra su lugar en el infierno común, en esta *iglesia interhumana* (Gombrowicz) nadie sabe a qué Cristo encomendarse.

La ilusión de estar solo muestra la superioridad, una soledad situada en los límites de una especie: Cada uno de ellos funda su existencia sobre la inexistencia de los otros, a los que hay que arrancar su consentimiento de no existir.³

¹Paul Valery, *Monsieur Teste*, Montesinos, Barcelona, 1980.

²Ibidem.

³Ibidem.

Germán GARCÍA

Fragmento de: *Para otra cosa. El psicoanálisis entre las vanguardias.* Liber editores, Buenos Aires, 2011.

Los nervios de la primera vez

-Papá, ¿seguro que no se va a caer el avión? -me preguntó mi hijo y me reí. ¿Cuántas veces me había hecho yo la misma pregunta? Cien, mil, cada vez que traspasaba la puerta de esa nave infernal buscando mi asiento boleto en mano me lo pregunté. Pero por suerte en la respuesta siempre ganó la razón. Es que existen muchísimos argumentos para apaciguar el miedo: se muere mucha más gente en accidentes de tránsito que por viajar en avión, los pilotos chequean y vuelven a chequear que todo esté en orden antes del despegue, nunca supe de ningún conocido que hubiera sufrido un accidente fatal durante un vuelo, si fuera algo tan frecuente las azafatas cobrarían millonadas, yo mismo viajé semanalmente durante los últimos cuatro años y jamás nada. Pero para mi hijo era la primera vez y lógicamente dudaba.

- No te preocupes, todo está pensado para que lleguemos a destino sin ningún problema. No existe ningún medio de transporte más seguro que el avión -aseguré. Para mi sorpresa no insistió con el interrogatorio, con mi palabra le bastó. No pidió cifras ni explicaciones profundas. Si papá dice que no se cae, no se cae, ese fue el razonamiento de mi hijito.

Un dibujo

Juan Manuel tenía siete años. Su padre lo llevó a la plaza. Salieron los dos de la mano. En el camino compraron caramelos y figuritas.

En la plaza Juan Manuel pidió un chupetín de los que su padre conocía con el nombre de pirulín. Una manzana caramelizada, maíz para las palomas, un globo inflado con gas, un helado, una pelota de fútbol, un par de patines, un juego de paletas de playa, una bicicleta o un karting a motor y más tarde insistió con el pedido del helado. Su padre se negó a todos y cada uno de esos pedidos. En cada negativa perdía algo de alegría y mucho de paciencia, de la que había llevado bastante.

Atardecía cuando vieron al hombre que ofrecía tirar las cartas del tarot. Juan Manuel preguntó de qué se trataba eso, su padre le explicó y Juan Manuel le pidió a su padre una tirada de cartas. El padre, casi vencido en su resistencia, siguió caminando sin contestar y se topó con la mesa del dibujante que ofrecía hacer "caricaturas a voluntad", como decía en el cartel.

Juan Manuel dijo que por lo menos un dibujo comprame y el padre, que había agotado las negativas, asintió.

La hoja del dibujante era enorme, la caricatura sería del tamaño real, adivinó el padre de Juan Manuel.

Llegó al asiento con una sonrisa gigante, estaba fascinado con la idea de volar. Quiso estar del lado de la ventanilla. "Para saludar a mami cuando pasemos por arriba de casa", me dijo. La explosión la sentimos todos pero fue él el que primero vio el fuego saliendo de la turbina. Mirá papá -dijo casi entusiasmado-, se incendia. El avión se ladeó y perdió altura rápidamente. Las azafatas corrieron desesperadas a sus asientos y se ajustaron el cinturón de seguridad. Una de ellas lloraba, otra rezaba. Todos gritaban, yo lo hubiera hecho pero la mirada fija de mi hijo me lo impidió, todavía conservaba el gesto alegre aunque tenía los ojos excesivamente abiertos. "No pasa nada, los pilotos son expertos", le dije devolviéndole la sonrisa. Algunos bultos volaron por el aire, uno me golpeó la cabeza. Comenzó a faltar el oxígeno y cayeron las máscaras. Hice lo que había visto infinitas veces en un video: coloqué primero la del niño y dije Dios mío. Él retiró la máscara de su boca un instante sólo para decirme "te hiciste pis, papá". Sentí un calor intenso, vi las

llamas acercarse, vi cómo se retorció mi hijo, cómo se hacía pequeño buscando alejarse del fuego y lo vi estirar los brazos hacia mí. Lo abracé fuerte, ya era una llaga, no se movía, quedamos adheridos, pegados, derretidos. Y luego todo se acabó.

Yanina BOUCHE

El niño no podía ver cómo se iba plasmando su imagen en el papel, pero el gesto de tranquilidad del dibujante y la complacencia de su papá le resultaban un bálsamo suficiente para aplacar la ansiedad.

Pasaron varios minutos en los que Juan Manuel posaba y su padre aprovechaba el descanso. Fueron casi veinte minutos en pleno atardecer. Los primeros de la tarde en que el niño no acosaba a su padre con las distintas exigencias que ya conocimos.

Cuando el dibujo quedó terminado el parecido con el modelo era, según como se lo mirara bastante fidedigno o absolutamente desemejante. Así y todo Juan Manuel quiso llevarlo, y su padre no tuvo más remedio que cumplir con la voluntad del niño, recompensando según su voluntad, a esta altura escasa, al dibujante.

- Capturé la esencia de su hijo, reflexionó ufano el artista.

Ya era de noche cuando el padre de Juan Manuel llegó a casa con el dibujo del niño en la mano y lo dejó con los de su esposa y su hija mayor. Todo estaba oscuro, y en silencio.

Roberto GÁRRIZ

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Perros de la calle

La voz que anuncia la partida a Catamarca me despierta. Estamos sentados uno al lado del otro. En realidad vos estás durmiendo apoyando tu cabeza en mis pies. Necesitaba despertarte para poder moverme. Demasiado tiempo estuve en la misma posición y ahora siento cómo el pie derecho no me responde. Apenas lo muevo comienza ese hormigueo doloroso y profundo que no me gusta sentir.

En un rato sale el colectivo, quizás esta vez tenga suerte y sea un viaje tranquilo. Esperá un momento. No te vayas. Dejá que te mire por última vez. No creo que regrese. Y si regreso seguramente vas a estar dando vueltas por otro lado. Quiero recordarte.

En Catamarca me espera el aire seco y terroso, las calles del centro que se llenan de gente hasta la una de la tarde y la soledad de la siesta. Mamá está internada. Sí, desde hace varios años. Ahora la llevaron a otro lugar. No sé bien dónde queda, pero según me explicaron cerca del rancho donde vivíamos. Es lindo y la cambiaron a pedido de mi tía que la va a visitar todos los días.

*En Catamarca
me espera el aire seco
y terroso,
las calles del centro
que se llenan de gente
hasta la una de la tarde
y la soledad de la siesta.
Mamá está internada.*

Las dos son mayores. Mamá ya pasó los ochenta y cinco, creo. Hace mucho que no la llamo por teléfono. La última vez que la fui a visitar estaba sentada en el parque, bajo un eucalipto enorme. Nunca había visto un árbol tan grande. En la ciudad perdí la noción del tamaño de un árbol. Para mí son todos iguales. Mamá estaba sola, con el pelo canoso y corto. No pude darme cuenta hacia dónde dirigía su mirada que mantuvo fija durante mi visita. Sólo de tanto en tanto la levantaba y me miraba de costado. Creo que lo hacía cuando le repetía varias veces que así lo hiciera: "mirame mami, soy yo, Osvaldo." Y ahí levantaba sus ojos. Pero yo ya no era en ella. A veces decía Osvaldito pero mi nombre volaba en pedazos por el parque y a medida que caía perdía la fuerza, hasta que se extinguía. Simplemente desaparecía. No había nada detrás de la voz de mamá que llenara mi nombre.

Gracias por acompañarme. Ahora sí tengo que subir al colectivo. Andá con cuidado, no andes por lugares oscuros y si me recordás, pasá por la terminal cada tanto. Quien te dice que vuelvo y te encuentro revolviendo la basura de esta ciudad.

Laura GIBILARO

El primer músico

Una tajada de pelo, en medio de la cabeza gominosa, a puro brillo debajo del spot. Una franja de medio centímetro nacida detrás de la oreja izquierda y estirada hacia el extremo oculto de la otra, pasando por encima del cráneo con precisión y disciplina. No está sola sin embargo. La acompañan, débiles, otras tiras afiladas, prensadas con pudor y esmero, negras también, que como juncos oscuros remarcan la cara ancha, pálida, abombada por la circulación nocturna.

Apenas una sonrisa, un temblar charol del espinel, para anunciar su presencia en el recóndito sótano. Acaba de llegar el primer músico. Balbucea su nombre, o el nombre del instrumento que lleva en una bolsa de tela y que levanta para que sea visto, o más bien

adivinado. Habla despacio como escribiendo entre los dientes. Mira alrededor para ver dónde deja sus pertenencias. Niega la indiferencia con la que es recibido. O puede ser que interprete un clima inesperado, por la hora, tal vez se adelantó a llegar. ¿Los otros músicos?

El hombre detrás del mostrador apoya un vaso ámbar redondeado sobre el papel que cubre la mesa. Se apilan otros vasos, algunos blancos, platos medianos, un jarro metálico conteniendo cucharas de tallos larguísimos. Con un lienzo amarillento hace una punta y repasa los bordes de la vajilla donde el agua dura de la ciudad dibuja un fileteado de salitre.

Todavía la mujer de cabellera rojiza está sentada allí. Mirando. Dulcemente,

desde una edad incómoda, una elegancia forzada a mantener a raya un tiempo a medias vivido, a medias inevitable.

Hace además de dejarle paso al recién llegado. El músico le agradece. Se sienta a su lado. La sien derecha se le inflama por precaución. Debí pedir permiso, disculparse. Pero se acomoda en la densidad de la descortesía.

El ruido de los vasos cayendo unos dentro de otros los distrae.

Hay un punto hueco donde convergen los rayos opacos de las tres miradas.

El crepúsculo, por entonces, viaja ya bastante lejos, abriendo otros cielos.

Nora MARTÍNEZ